

2/3 Cultura
tecnocientífica
y mistificación,
por Matias
J. Spangenberg

alcanzar esta meta...
o milenio
esarrollo
ración de
varios
vestigaci
ción de

ta
ejorami
junta co
ados, pa
pies exóti
ades sele
liante té
novedos:

ac
on
oi
ne
vo
on
ti
da
or

Se
el
f
ar
as
ge

bado 27 de mayo de 1989

que esta for
ecer el creci
ales.
o del bosque
ficie forestal
chet. encar
Esto
ental,
obra,
ue no
vas ri
con la
niento
terna

orestal
Juan
el De
estales
regre
vivid.
rado a
e para
icipios
ltilfun
mbién
ón del

2/3
Página 12

Opinion

Por Matias J. Spangenberg

Nadie duda de que en los tiempos actuales transcurre la más apasionante revolución tecno-científica de la historia de la humanidad. Quizá no sea fácil tomar conciencia de su significado en su real dimensión: por ejemplo, del 100 por 100 de los científicos de la historia de la humanidad el 97 por ciento de ellos vive actualmente y el 95 por ciento de ellos trabaja en los países del Norte.

Los países llamados en desarrollo se encuentran recibiendo permanentemente la invasión de elementos novedosos que generan nuevos comportamientos sociales. Estos se entremezclan con procederes tradicionales y van transformando la cotidianeidad, ahondando contrastes y agudizando el cambio en las conductas. Cada elemento proveniente del desarrollo está tamizado de "universalismo" y de "racionalidad" que tiende a homogeneizar los estilos de vida y produce cambios abruptos imperceptibles. Por ejemplo, un horno a microondas ocasiona en los hogares de la clase media una alteración revolucionaria en la cocción de alimentos..., por primera vez en 250.000 años, se deja de lado el fuego...

En general la mayoría de los beneficios que se espera de las nuevas tecnologías en los países productores son trasladados, automáticamente a nuestra sociedad. Interpretamos la difusión e impacto que tienen y nos entusiasmos con los diagnósticos de otros entornos culturales. Así recibimos tecnología y teoría social que la acompaña.

Toda esta situación configura un marco donde la ciencia no es interpretada por la mayoría, que tiene una noción confusa del lugar que ocupa la ciencia en el crecimiento de un país. Algunas investigaciones demuestran cómo se disocia la ciencia de la tecnología, sin discriminar una de otra.

Se tiende a pensar que la innovación tecnológica es producto de una organización social más ordenada, o la disposición al trabajo de sus habitantes o la existencia de un gobierno fuerte. Se genera una situación donde es posible que existan condiciones para que la difusión masiva de los avances científicos sea recibida misticamente. La ciencia entonces puede generar en la gente una fascinación casi religiosa.

Hay una supuesta neutralidad en esta universalización de los usos de las nuevas tecno-

Cultura tecno-científica y mistificación

logías que cohibe cualquier postura crítica. El caso más emblemático es la computadora. Ella es transformada en imagen-objeto que representa la modernidad por antonomasia. Es el signo que denota la consumación mágica de la eficiencia. Su carga simbólica es avasallante y está convertida en el núcleo de la ideología tecnocrática.

En diversas épocas se magnificó a un objeto que representaba una innovación revolucionaria, otrora fue el automóvil, el avión, los cohetes espaciales, el robot... representaciones que existieron siempre porque dotan de significación a la imaginación popular. Hoy es la computadora la que ocupa ese lugar objetivo entre los mecanismos de fabulación del inconsciente colectivo.

Pero hay siempre una inconsistencia sustancial en todo mito. En este caso el referente no explícita ni exige un proyecto de creación estructural, la informática nos depara un rol pasivo. La configuración visual de la computadora nos hace "suponer" alimentos, seguridad, energía, instrucción, confort, etc., olvidando que un instrumento aislado de un marco social siempre tergiversa la realidad.

Esto no quiere decir que evitemos su utilización, pero se trata de descubrir los subterfugios del mensaje con que irrumpen. Nuestras sociedades padecen carencias básicas que son omitidas de las mágicas promesas de transformaciones fundadas en la supuesta neutralidad de la técnica.

En los países avanzados los actores están inmersos dentro de un medio cultural que posee un valor positivo socializado hacia la ciencia. El proceso inventivo responde a demandas concretas del sistema de producción. Un instrumento técnico condice con la idiosincrasia de un pueblo si los correlatos de racionalidad y sistematización que implica su uso se acomodan a las prácticas sociales.

Pero cuando un instrumento es extraño a un grado de desarrollo se producen situaciones tales como la siguiente: casi el 70 por ciento de los "ordenadores" de la Argentina tienen un destino efectivo irremediable: el juego y entretenimiento de niños y adolescentes de la clase media, uso lúdico relativizado porque el aparato termina empolvado en algún rincón olvidado del hogar cuando se percibe la rutinización de sus programas y se hastían al dominar los meca-

nismos ansiógenos que conlleva su uso. Ser críticos significa descubrir y evidenciar lo subyacente y las confusiones solapadas e intencionadas que sostiene un discurso. Para analizar la progresiva e intensa irrupción en los medios masivos es necesario, ante todo, identificar la omnipresencia de lo "tecnológico" tratado como símbolo universal de lo "racional".

Se declama a la "razón", pero el principio se extravía en el hecho paradójico de que el paradigma provoca la inercia de la reflexión crítica. Así las nuevas tecnologías no pueden cuestionarse porque no hay oposición posible para enfrentarse a la "modernidad" que implican.

Las tecnologías de difusión masiva han industrializado la cultura, muy especialmente por medio de la TV, por donde mayoritariamente se canaliza la propalación de pautas de consumo que responden a una forma de organización de las conductas que son manipuladas por la publicidad. En relación con la computadora, las imágenes publicitarias están cargadas de significaciones que juegan un papel central en el escenario simbólico de lo cotidiano, denotan el sentido de lo imaginario mientras implican un sentido "real" (es decir, idéntico a lo racional); pasamos a relacionar el objeto reificado con una carga valorativa engañosa en un solo sentido, mantenemos la crítica paralizada por la seducción irrefragable del mensaje. Esta idealización objetiva es reiterada e impide elaborar un contramensaje, no se puede luchar contra la "racionalidad" de un símbolo fascinador, el mecanismo comporta engaño inevitable. La única posibilidad de aseguir el "futuro" está dada por la adquisición de una computadora, signo irremediable porque en ella se deposita una fantasía que nos colma de promesas. Aun cuando la insatisfacción pronto nos arrollará por la disfunción insalvable que el instrumento tiene en nuestro modusvivendus: una ama de casa por ejemplo, no utiliza una computadora para llevar la contabilidad del hogar porque le exige un orden y una racionalidad que la cotidianeidad y el entorno social no le permite adaptar repentinamente.

En la conformación de este mensaje, la noción de modernidad es propulsada hacia adelante, conforma un destino que incita a aceptar la inevitabilidad de una cataclismo en el borde del tiempo... el devenir acechante

de una bisagra fatalista de la historia: el tan mentado "Siglo XXI". Nos acusa fantasmal un peligroso e intencionado milenarismo irgenuo, basado en la suposición archisimplista de que el cambio de siglo indicaría un mojón para la transformación mágica de nuestra realidad.

Detrás de este paradigma se manipula un sentido apocalíptico porque se le atribuye la cualidad de ser el fin de una era. Acceder a ella sólo puede cumplirse si se alcanza el medio que la representa y garantiza: la computadora. Nadie dice que los actuales aparatos serán chatarra dentro de muy pocos años o que su operación será diferente ya que, por ejemplo, se utilizarán lenguajes naturales. El mito del fin de siglo encubre la visión nostálgica de las posibilidades perdidas, nos depara una sensación acuciante y nos tiende a hacer olvidar y negar nuestras carencias que son solucionadas por fabulaciones futurísticas.

Donde la computadora denota racionalidad, eficiencia, orden y especialidad, su antagonismo es calificado como atraso inevitable, se trivializa lo artesanal, se menoscaba y desprecia la intuición y emerge la desconfianza en el sentido común cuando no tiene confirmación por un programa computable.

Estar en "la contemporaneidad", "a la hora de los tiempos", "en el mundo actual"... es un mensaje simplista "que se sostiene permanentemente sobre un falso supuesto": aquel que connota a la producción, no como consecuencia de la acción del hombre, no por valor de su trabajo, sino que vuelca en la tecnología la acción que motoriza el cambio.

La noción de progreso está vacía de contenido, es sólo una imagen sin proyecto, la "modernización" nos alienta y desatendemos las desigualdades sociales que se agudizan y crecen inalterables, inmunes e indiferentes a las tecnologías avanzadas.

Las sociedades requieren utopías para darle sentido y esencialidad a la acción, indicar un camino en un proyecto o proporcionar un destino con convicción y fortaleza, pero las utopías limitan también las posibilidades alternativas si no son producidas con autenticidad. Deterministas nos hacen olvidar que el futuro comenzó ayer y sólo se llega a él en la continuación del presente.

* Matias J. Spangenberg es Sociólogo y Docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.